

SOÑAR DESPIERTO

¡Despierta, despierta! Te has quedado dormida, otra vez.

Y esas palabras me quitaron el espanto y me dejaron con la intriga de saber si todo había terminado, o estaba empezando. Veréis; hacía semanas que tenía más sueño del normal, y cuando me dormía, no podía evitar soñar con pequeños fragmentos de lo que parecía ser una historia de terror, en la cual yo era la protagonista.

Al despertar, solo podía recordar números o pequeñas frases. No sé por qué pero al tercer sueño, sentí la necesidad de apuntar en mi libreta roja todo aquello que pareciera formar parte de un intrigante puzle que, algún día resolvería. Al principio, empecé teniéndolos uno por semana, de ahí que no les prestara mucha atención. Pero después, empecé a tener cada noche el mismo sueño, solo que en cada uno, escogía decisiones diferentes, que me llevaban a destinos totalmente contrarios entre ellos. Pero, con la misma tragedia en común, una muerte: la mía.

Tuve por lo menos, veintidós sueños, antes de tener el decisivo, el vigesimotercero o directamente, el veintitrés, como lo llamo yo. Ese fue distinto a todos, completamente distinto. Este fue para mí toda una revelación en cuanto al significado de los sueños, debido a que, cuando lo tuve, habían pasado veintitrés días desde la muerte de mi vecina. Una niña preciosa, de sonrojadas mejillas. Era una de esas niñas que, al conocerlas, sabes que no hay muchas como ella, y que al mirarla a los ojos, sabes que cerca de ella, cualquier mal desaparece... esa mirada cándida y dulce te invadía de una felicidad apacible, una felicidad tranquila, una felicidad plena. Tan plena, que sabes que solo con el recuerdo de esa mirada, ningún mal será suficiente para quitarte ese recuerdo y que este, nunca caerá en el mejor de los olvidos.

Cuando me enteré de su muerte estaba de viaje por China, ese día, creo que empezó todo. Sí, sin duda, ese día. Ese día, estaba de paso por un pueblo pequeñito. Recuerdo, que me enfurruñé con mi madre, para que se decidiese a pasar la tarde en el pueblo. Leí en un libro de Lucy (mi vecina), que había unos monjes que creían, por encima de todo, en lo que, según ellos, vivía entre nosotros, sin que seamos capaces de percibirlo. Creían en el alma de las personas, una vez muertas.

Cuando mi mamá, convencida por mi tristeza, decidió quedarse, fuimos a ver a un monje que supo, por la triste felicidad de mis ojos, la pérdida de mi querida amiga. Y me dijo, que mi aura llevaba escrita: “DESGRACIA”. Al decir eso, mi mamá me tomó de la mano y me sacó de allí inmediatamente. Mientras salíamos, el monje dijo: -“no olvides su mirada, será la que te salve”.

No creo que mi madre supiera que se refería. Pero yo entendí con tanta claridad el mensaje, que un escalofrío recorrió mi espalda y caí tendida en el suelo.

Me desperté en un hospital, y al parecer, mi conversación con el monje fue mi primer sueño.

Lo malo de los sueños era la realidad con la que los vivía.

El veintitrés me llevó al hospital, por eso fue el revelador.

Ese día, me encontraron una bacteria poco común, conocida como: “El fin”. Se llama así porque se alimenta de los huesos. De los de la columna en realidad. Le atraen los

impulsos nerviosos que transporta esta al resto del cuerpo. Y sin cable conductor, se corta la comunicación. Y acabas en un estado casi vegetal. Es una enfermedad común en pequeños pueblos de China, supongo, que esperabais una historia de una valiente chica que consigue resolver algo importante en la muerte de su amiga. Pero creedme cuando os digo que el más valiente, es el que lucha contra su propio cuerpo. Ese día empezó mi lucha, la lucha contra un fin que no debería ser el mío. Mi madre hizo lo posible para dar a conocer mi caso y ganar dinero para pagar los tratamientos más caros e innovadores y remitir, o intentar acabar con mi enfermedad.

Eso me sucedió a los doce años, y hoy, tengo veintidós y once meses, me faltan seis días para hacer veintitrés, y mi estado es la tetraplejia... sí, me produce intriga el cumplir los veintitrés. Nunca temí mi fin, pues ya había visto lo que temer el fin le supuso a Lucy y solo le aportó una muerte más rápida, ya que para querer vencer a tu cuerpo el primer luchador tienes que ser tú.

¿Sabéis todo lo que apunté en mi libreta roja? Pues todas esas frases cobraron sentido, fueron todos los diagnósticos que me dieron antes de dar con mi enfermedad, y el sin fin de evasiones, que utilizaban los médicos para decirle a un niño pequeño que probablemente moriría. De los números, os diré que coincidieron con el día de todas y cada una de mis operaciones. Y como duda solo me quedaba el veintitrés, ¿Qué supondría el veintitrés? La respuesta me producía intriga, en vez de miedo.

En fin, el día de “el fin”, por así llamarlo, llegó. A las seis y veinte cumplí veintitrés años y a las seis y veintitrés, sufrí un paro cardíaco. Cerré los ojos, sentí como mi sangre se ralentizaba, al momento que mi corazón se paraba. Pude ser consciente de mi muerte. Sentirla, negarla.

En ese momento, supe que ese día no sería mi fin, y con los ojos cerrados, pude ver destellos blancos, que se fulminaron en una brillante luz, que se apagó con la llegada de unos ojos grandes, verdes y rebosantes de felicidad. Que me dieron la fuerza para decir: “hoy NO”. Y...

¡Despierta, despierta! Te has quedado dormido, otra vez.

Y esas palabras me quitaron el espanto y me dejaron con la intriga de saber si todo había terminado o estaba empezando.

Celia Reyero de Pedro